

SER DE IZQUIERDA HOY

Fuente: *Dialectica*, num. 23-24; invierno de 1992-primavera de 1993

TRAS el derrumbe del socialismo real y varios años de pragmatismo, la izquierda vive uno de sus difíciles momentos. Dispersa, con organizaciones débiles, en gran medida sin señales de identidad propias, perdió la brújula. Su peso político está reducido al mínimo. En estas circunstancias, una pregunta inquieta a muchos: ¿se puede ser de izquierda y socialista hoy?

Antiguos izquierdistas, militantes de varios decenios, ni siquiera se interrogan; simplemente se han ido al centro político y hasta a la derecha; inician la apología directa o indirecta del neoliberalismo.

La confusión y el desánimo han causado estragos. Pesan sobre esta corriente el colapso del socialismo real en Europa central y en la Unión Soviética. Sus propios errores sacaron a los socialistas, casi por completo, del escenario político.

Las derechas, a su vez, sueñan que el hundimiento del socialismo real arrastre tras de sí al socialismo como movimiento político como propuesta emancipadora y alternativa posible y deseable al capitalismo. Algunos decretan la desaparición de las ideologías, el fin de la división entre izquierdas y derechas. En circunstancias más favorables, la

* Eduardo Montes. Periodista y editor. Director de la revista *Socialismo*. Miembro del Consejo de Colaboración Nacional de *Dialectica*. Editorialista de *La Jomada*. Autor de libros sobre los recientes acontecimientos en la URSS y sobre la situación actual de la izquierda en México.

derecha intenta el viejo truco de negar que existe ella en cuanto tal derecha, y, por tanto, tampoco la izquierda; que la oposicion derecha-izquierda no se da en la realidad.

A lo sumo se admite una izquierda modernizada, algo *"similar al PSOE español, que, conservando en su ideario moral los fines del socialismo, aceptara con madurez y realismo las lecciones claves de la historia contemporanea: el triunfo de la mano invisible del mercado sobre la mano visible —y negra— del Estado"*. (Enrique Krauze, Textos hereticos, Editorial Grijalbo, 1992, p. 116.)

Para ser "moderna", tambien se propone a la izquierda abandonar "su fiel matrimonio con el marxismo estrecho... su anticapitalismo visceral", aceptar como insuperable el capitalismo, reducir a la izquierda a la lucha por una sociedad mas justa y admitir que en los marcos del capitalismo *"las proximas disputas ideologicas deberan ser... más una cuestion de énfasis que de esencias, de sesgos que de abismos, de inclinaciones moderadas antes que de oposiciones irreductibles"*. (Antonio N. Camou, "La nueva izquierda", en Nexos, num. 172.)

Sugieren la inutilidad de la crítica global del capitalismo y de la busqueda de alternativas a este sistema lleno de contradicciones insalvables, generador de profundas desigualdades y de injusticia social. Intentan superar por procedimientos verbales la existencia real de contradicciones de intereses, grupos o clases sociales y borrar del horizonte la posibilidad de renovacion social socialista.

Sin embargo, la izquierda y el socialismo en nuestro país tienen hondas raíces y trayectoria propia. La realidad social misma les ha dado y da sustento. Su existencia comprometida con las luchas por la tierra, por los derechos de los obreros, la democracia y las libertades políticas, la independencia económica y soberanía nacionales, así como sus propuestas de justicia social, de eliminacion de las causas de la explotacion y de las desigualdades sociales, han hecho posible su prolongada existencia.

Y si hoy el derrumbe del socialismo real ha impactado negativamente al movimiento de izquierda en general y al socialista en particular, ha abierto, en cambio, nuevas y amplias posibilidades para su desarrollo, al esclarecer el panorama político. Pierden por completo su justificación viejos lemas de la derecha y el anticomunismo que antes le dio tan buenos resultados. Las organizaciones de izquierda y socialistas no pueden ser presentadas alineadas a un bloque político-militar, pues este ha desaparecido. Se derrumban los infundios de que la acción de la izquierda radical era una conspiración extranjera; no se pueden disfrazar más tiempo las causas verdaderas de la explotación, la pobreza, el desempleo, la opresión, la injusticia social, las desigualdades, la opresión de otros pueblos; tampoco las limitaciones a la democracia y a los derechos humanos, y a las libertades públicas.

La oferta del neoliberalismo, de bienestar para los pueblos cuando se modernice plenamente el capitalismo, cuando concluya el proceso de privatización y se impongan en todas las esferas los mecanismos brutales del mercado, empieza a mostrar su inconsistencia y falsedad. Tras varios años de modernización capitalista, el único resultado visible es la extensión de la pobreza y miseria, la condena al desempleo permanente de millones de trabajadores, especialmente jóvenes, ahora como componente estructural del capitalismo, el empeoramiento constante de las condiciones de vida de las mayorías. El capitalismo de ayer y de hoy padece contradicciones insuperables en los marcos del sistema. No puede conciliar los intereses de la minoría de grandes propietarios con las necesidades y aspiraciones de las mayorías.

La formidable concentración de la riqueza y el poder, la imposición de enfoques mercantilistas en todas las actividades y las reformas del Estado se traducen también en nefastas consecuencias para las capas medias, los trabajadores de la cultura, los pequeños e incluso medianos empresarios, impotentes para resistir la feroz competencia de los nuevos monopolios privados nacionales y extranjeros.

Desde esta perspectiva, debemos repensar el presente y el futuro de la izquierda, de las izquierdas. Es preciso asegurar su sobrevivencia, para lo cual necesita recoger la herencia vigente del pasado, renovar sus ideas transformadoras y desarrollar sus señales de identidad en tiempos del neoliberalismo. Será posible lo anterior a través de la revisión crítica de su trayectoria en los últimos años; la izquierda no puede reconstruirse sin hacer ese ajuste de cuentas.

La revisión crítica pasa por el deslinde con el ensayo de transformación socialista iniciado en Rusia en 1917, y calificado como "socialismo real" a mediados de los años setenta. Con ese ensayo la izquierda socialista mexicana estuvo identificada más de medio siglo, porque materializaba la posibilidad de renovación social, de justicia e igualdad. Sus impresionantes logros económicos, su papel determinante en la derrota del fascismo europeo, el ser contrapeso del imperialismo de posguerra, permitieron a la Unión Soviética ejercer el liderazgo en el movimiento socialista mundial, y redujeron al mínimo, durante muchos años, la crítica de ese sistema.

La historia de ese ensayo de renovación social, ya concluido, está por hacerse, y arrojará, sin duda, valiosas enseñanzas para todos; mientras tanto, ya puede afirmarse que en aquellos países se demostró la posibilidad de reorganizar la vida económica sin propiedad privada de los medios de producción, sin el poder del capital y de los monopolios privados, pero también que el socialismo es imposible sin un régimen democrático que efectivamente socialice la propiedad, la dirección de la economía y los asuntos del Estado.

Convenimos en que la izquierda en la actualidad no puede ni debe ser identificada con una corriente teórica, una ideología, un tipo de organización o una sola clase. Es plural y heterogénea. Su identidad y unidad políticas pueden reconstruirse en la lucha por la transformación radical de la sociedad, y ésta tiene hoy, como punto de partida ineludible, la crítica y negación del modelo neoliberal y el compromiso con la democracia en todos los espacios.

La modernización capitalista bautizada de "liberalismo social" no conduce a la superación de los rezagos sociales, tampoco a la justicia social; la lógica de este sistema lleva a mayor concentración de riqueza y poder en manos de un puñado de sociedades anónimas y empresarios, y a niveles inimaginables de pobreza y opresión. De tal suerte, la negación de este modelo no es por motivaciones doctrinales, sino por ser inviable para resolver los grandes problemas de la mayoría de los mexicanos y constituir una barrera para el pleno desarrollo democrático de México. La democracia, asimismo, no puede ser reducida a lo político, y menos aun a lo político-electoral. En las condiciones de nuestro país, la democracia sólo será auténtica si abre las puertas para que la sociedad intervenga en la determinación de la vida económica y social del país. La democracia no debe quedarse en las puertas de las fábricas, o donde se decide el rumbo de la economía nacional.

A la par con la crítica y negación del actual sistema y su lógica de dominación, es preciso para la izquierda, al menos para los socialistas, reivindicar las propuestas emancipadoras del marxismo, pues tienen vigencia como alternativa del futuro: implantar la propiedad social sobre los medios de producción y ponerle fin a las causas de la desigualdad y la injusticia; devolver a la sociedad las funciones del Estado, la democratización real de la vida de la sociedad, la distribución según el principio: de cada quien según su capacidad, a cada cual según su trabajo, la creación, en fin, de condiciones para el pleno desarrollo del hombre.

Sin embargo, la izquierda no puede ni debe reducirse a la proclamación de sus grandes principios y metas, pero tampoco sacrificarlas en aras de necesidades de corto plazo.

De otra manera, será incapaz de construir una influencia consistente en la sociedad. En las circunstancias actuales, tras el fracaso del grandioso ensayo iniciado con la revolución rusa hace 75 años, el reto para la izquierda es buscar nuevas respuestas para los viejos y nuevos pro-

blemas, nuevas vías de desarrollo nacional. El momento es de reflexión y de búsqueda, pero también de práctica.

La izquierda socialista y la izquierda en general tienen herencias irrenunciables. En primer lugar, su trayectoria de compromiso con las mejores causas sociales y nacionales; su posición crítica ante el sistema de dominación capitalista; su defensa constante de la soberanía nacional, y el antiimperialismo consecuente; la solidaridad con las luchas de otros pueblos.

La defensa de la soberanía nacional y el desarrollo de la solidaridad entre los pueblos de distintos países adquieren nueva significación ante los procesos de globalización y el predominio en la economía mundial de grandes corporaciones transnacionales.

Asimismo, la izquierda política necesita abandonar viejos enfoques y prácticas relacionadas con los movimientos sociales. Debe ratificar su rechazo al corporativismo oficial, pero también el de los partidos políticos, pues es tan inadmisibles el corporativismo gubernamental como el que se practica en nombre de la "izquierda". Además, comprender que, fuera de los partidos políticos, se han desarrollado movimientos sociales autónomos de mujeres, ecologistas, de derechos humanos; organizaciones no gubernamentales diversas. Estos movimientos deben ser respetados por la izquierda política, pues expresan la resistencia espontánea de hombres y mujeres frente a políticas lesivas a sus intereses, y revelan su interés creciente por participar en las decisiones que afectan su vida; han nacido al margen de los partidos por las insuficiencias de estos para defender y representar sus intereses, son nuevos sujetos impulsores de la democratización del país y de transformación social.

Podemos decir que forman parte de la izquierda plural y diversa, la cual puede, si renueva su programa y su práctica, reconstruir sus organizaciones, recuperar espacios en el futuro e influir en el rumbo del desarrollo nacional. ■